

HACER EL MAL

**La ciencia detrás
de nuestro lado oscuro**



Dra. Julia Shaw



temas de hoy

DRA. JULIA SHAW
HACER EL MAL

La ciencia detrás de nuestro lado oscuro

Traducción de Álvaro Robledo

Título original: *Making Evil: The Science Behind Humanity's Dark Side*

© Dra. Julia Shaw, 2019

© por las ilustraciones, Dra. Julia Shaw

International Rights Management: Susanna Lea Associates

Publicado originalmente en inglés por Canongate Books

© por la traducción, Álvaro Robledo, 2019

Corrección de estilo de cargo de Harrys Salswach

© por el prólogo, Toni Muñoz, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-19812-33-9

Depósito legal: B. 1.087-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Blackprint CPI

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



ÍNDICE

<i>Prólogo: La mirada del asesino, por Toni Muñoz</i>	13
<i>Introducción: El hambre</i>	19
1. Nuestro sádico interno: la neurociencia del mal	31
2. Esquemas del asesinato: la psicología de la sed de sangre	65
3. El show de los <i>freaks</i> : cómo deconstruir lo escalofriante	97
4. Las dos caras de la tecnología: cómo nos transforma la tecnología	129
5. Cachondo como un demonio: la ciencia de las desviaciones sexuales	159
6. Perseguir al depredador: cómo entender a los pedófilos	197
7. Serpientes con trajes: la psicología del pensamiento colectivo	221
8. Y no dije nada: la ciencia de la conformidad	259

<i>Conclusión</i>	299
<i>Agradecimientos</i>	307
<i>Notas</i>	309
<i>Índice analítico</i>	339

1

NUESTRO SÁDICO INTERNO: LA NEUROCIENCIA DEL MAL

Sobre el cerebro, la agresión y la psicopatía
de Hitler

Cuando la gente habla del mal, tiende a dirigir su atención hacia Hitler. Tal vez esto no sea sorprendente, pues Hitler perpetró muchos de los actos que asociamos con el mal: asesinato masivo, destrucción, guerra, tortura, discursos de odio, propaganda y ciencia sin ética. El mundo y la historia quedarán por siempre manchados con su recuerdo.

Un guiño a la omnipresencia de nuestra conexión automática entre la maldad general y Hitler se refleja en las interacciones humanas cotidianas. En discusiones en las que se desdén o se desprecia algo, la gente que dice o escribe cosas sobre las que otros no están de acuerdo es con frecuencia catalogada de «nazi» o «parecida a Hitler». La ley de Godwin dice que todos los comentarios de una discusión lineal llevarán inevitablemente a una comparación con Hitler. Estas comparaciones ligeras y al paso trivializan las atrocidades cometidas, escalan la discusión hasta un punto en el que no hay marcha atrás y con frecuencia finalizan la conversación. Pero me desvío.

Debido al tipo y a la intensidad de la devastación de la que Hitler fue responsable tanto directa como indirectamente, se han escrito innumerables libros en torno a sus motivaciones, su personalidad y sus acciones. Durante mucho tiempo la gente ha querido saber por qué y cómo se convirtió en el hombre que conocemos por las páginas oscuras de los libros de historia. En este capítulo, en vez de diseccionar las particularidades de sus acciones, quiero que enfoquemos nuestra atención en una sola pregunta: si pudiéramos regresar en el tiempo, ¿mataríamos al bebé Hitler?

La respuesta a esta pregunta me dice mucho de ustedes. Si su respuesta ha sido «sí», entonces es probable que crean que nacemos con la predisposición a hacer cosas terribles. Que el mal se encuentra en nuestro ADN. Si su respuesta ha sido «no», entonces es probable que tengan una visión menos determinista del comportamiento humano y quizá crean que el ambiente y la educación cumplen un papel crítico en ese desarrollo en el que terminamos siendo adultos. O quizá han dicho que «no» porque no está bien visto matar bebés.

En cualquier caso, considero que la respuesta es fascinante. También pienso que es casi seguro que está basada en evidencias incompletas. Porque: ¿tienen la certeza de que los bebés terribles se transforman en adultos terribles? Y ¿son en verdad sus cerebros tan distintos del de Hitler? Bueno, vamos a descubrirlo.

Hagamos un experimento mental. Si Hitler estuviera vivo hoy y lo metiéramos en un escáner de imágenes neurológicas, ¿qué encontraríamos? ¿Habría estructuras dañadas, secciones activas en extremo, ventrículos con la forma de la esvástica?

Pero antes de que podamos reconstruir su cerebro necesitamos considerar primero si Hitler estaba loco, era malo o ambas cosas. Uno de los primeros perfiles psicológicos de Hitler fue escrito durante la Segunda Guerra Mundial. Está considerado uno de los primeros perfiles de delincuentes de todos los tiempos y fue elaborado por el psicoanalista Walter Langer¹ en 1944 para la Oficina de Servicios Estratégicos, una agencia de inteligencia de Estados Unidos y una versión temprana de lo que luego sería la CIA.

El informe describía a Hitler como un «neurótico» que «rayaba en la esquizofrenia», y predijo correctamente que era una persona que luchaba por alcanzar la inmortalidad ideológica y que se suicidaría si se enfrentaba a la derrota. Sin embargo, el mismo informe también hizo un número de aseveraciones pseudocientíficas que no son verificables, entre las que se encontraban que le gustaba el masoquismo en el sexo (que lo hirieran o lo humillaran) y que tenía «tendencias coprófagas» (le gustaba comer heces).

Otro intento de perfil psicológico fue publicado en 1998, esta vez por parte del psiquiatra Fritz Redlich,² quien llevó a cabo lo que él llama una patografía: un estudio de la vida y personalidad de una persona de acuerdo con la influencia de la enfermedad. Cuando estudió la historia médica de Hitler, refirió que presentaba muchos síntomas psiquiátricos entre los que se encontraban la paranoia, narcisismo, ansiedad, depresión e hipocondría. Sin embargo, y a pesar de encontrar evidencias de muchos síntomas psiquiátricos «que podrían llenar un libro entero de psiquiatría», advierte que «la mayor parte de su personalidad funcionaba de manera más que adecuada» y que Hitler «sabía lo que estaba haciendo y escogió hacerlo con orgullo y entusiasmo».

¿Habrían querido asesinar al bebé Hitler? ¿O le habrían dado una mayor importancia a su crianza y educación? Redlich argumenta que existían muy pocas cosas en su infancia que sugirieran que se convertiría en un notorio político genocida. Anota que, médicamente hablando, Hitler fue un niño bastante común, tímido en lo sexual y que no le gustaba torturar animales ni humanos.

Redlich es contrario a la idea de que el pequeño Hitler haya tenido una crianza particularmente problemática y crítica a los historiadores psicológicos que dicen que sí la tuvo. Parece que no podemos asumir que esta fuera la causa de su comportamiento posterior; y la insatisfactoria respuesta a si Hitler estaba loco parece ser «no». Resulta pues que este es con frecuencia el caso. El que alguien haya cometido crímenes atroces no quiere decir que sea un enfermo mental. Asumir que todas las personas que cometen estos crímenes son enfermas mentales elimina la responsabilidad personal de los perpetradores de esos actos y estigmatiza las enfermedades mentales de una manera muy grave. Entonces: ¿cómo son capaces de tales horrores las personas como Hitler?

Mientras trabajaban en la búsqueda de una «neurociencia de la maldad humana», los psicólogos científicos Martin Reimann y Phillip Zimbardo dieron con una idea diferente acerca de por qué la gente es capaz de cometer actos terribles. En su escrito de 2011 *El lado oscuro de los encuentros sociales*,³ los autores intentaron establecer qué partes del cerebro son las responsables de permitir el mal. Afirman que son dos los procesos más importantes: la desindividuación y la deshumanización. La desindividuación ocurre cuando nos percibimos como entes anónimos. La deshumanización, cuando dejamos de ver a los demás como seres humanos y los empe-

zamos a ver como menos que humanos. Los autores también explican que la deshumanización es una *catarata cortical*. Una percepción borrosa en la que dejamos de ser capaces de ver en realidad a los demás.

Podemos ver esto cuando hablamos de «los malos». Esta es una afirmación que deshumaniza. Asume que existe un grupo homogéneo de individuos que son «malos» y que son diferentes de nosotros. En esta dicotomía nosotros, por supuesto, somos «los buenos», un grupo diverso de seres humanos que toman decisiones éticamente sólidas. Esta división del mundo en buenos y malos fue una de las preferidas por Hitler. Aún más perturbador fue el desarrollo del argumento que decía que aquellos que tomaban por blanco no eran «malos», sino que ni siquiera llegaban a ser humanos. Un ejemplo dramático de deshumanización quedó patente en su propaganda genocida, en la que describía a los judíos como «*untermenschen*», subhumanos. Los nazis también comparaban a otros grupos que perseguían con animales, insectos y enfermedades.

En tiempos más recientes el Reino Unido y Estados Unidos han visto una serie de declaraciones públicas cáusticas en torno a los inmigrantes. En 2015 la celebridad de los medios de comunicación británicos Katie Hopkins describió a los migrantes que llegaban en barcos como «cucarachas», un término que fue criticado públicamente por el director de derechos humanos de la ONU, Zeid Ra'ad Al Hussein. Este le respondió diciendo: «Los medios de comunicación nazis describían a las personas que sus amos querían eliminar como ratas y cucarachas».⁴ Añadió que ese lenguaje era típico de «décadas de abuso sostenido e ilimitado contra los extranjeros, de desinformación y distorsión». De manera similar, el

1 de mayo de 2017, durante el centésimo día de su presidencia, Donald Trump leyó en voz alta como parte de su discurso las letras de una canción sobre una serpiente que fueron originalmente escritas en 1963 por Oscar Brown Jr.⁵

*Una mañana de camino al trabajo
por el sendero junto al lago
una mujer de buen corazón vio a una pobre serpiente medio
congelada.
Su piel de bello color estaba escarchada por el rocío.
«Oh, bueno», dijo, «te llevaré conmigo y cuidaré de ti».
La metió en su pecho y le dijo «Eres muy bella.
Si no te hubiera recogido ahora estarías muerta».
Entonces le acarició su bella piel y la besó y la apretó con fuerza.
Pero, en vez de decir gracias, la serpiente le dio un mordisco cruel.*

Trump utilizó la historia como alegoría de los peligros de los refugiados. Comparó a los refugiados con serpientes.

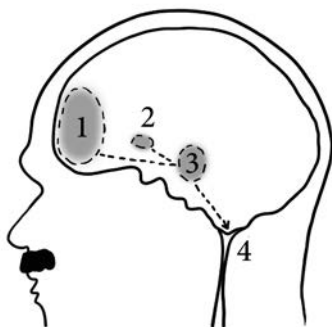
Este tipo de agrupación increíblemente simplista de un enemigo imaginario se repite una y otra vez en la política, en parte porque es muy atractiva y fácil de recordar. Con un poco de ayuda de un líder y de retórica inspiradora, las ideologías dañinas y peligrosas están listas para florecer. Todos caemos en ocasiones en esta trampa, pero hay quien dice ser *particularmente* propenso a ello.

Aquí empezamos nuestra reconstrucción imaginaria del cerebro de Hitler. Dada su particular propensión a la deshumanización, las partes del cerebro responsables de ello podrían aparecer particularmente afectadas. De acuerdo con Reimann y Zimbardo, la desindividuación y la deshumanización «pueden potencialmente involucrar una red de áreas del

cerebro entre las que se incluyen la corteza prefrontal ventromedial, la amígdala y estructuras del tronco cerebral (por ejemplo, el hipotálamo y la sustancia gris periacueductal)». Por fortuna, ofrecieron una imagen de su modelo que he reconstruido para ustedes.

Este modelo sugiere que lo que empieza como un sentimiento de ser anónimos, de no sentirnos culpables por lo que hacemos porque sentimos que somos parte de un grupo más grande, termina en una capacidad aumentada de hacerles daño a los demás. Aquí vemos su propuesta de cómo funciona el mal dentro del cerebro:

1. *Desindividuación*. La persona deja de pensar en sí misma como individuo y se identifica como parte anónima de un grupo. Esto la lleva a sentir que no es personalmente responsable de su conducta y se relaciona con una disminución en la actividad de la corteza pre-



El cerebro de Hitler: el camino propuesto hacia el mal, que involucra la corteza prefrontal ventromedial (1), la amígdala (2), el tronco cerebral (3) y el sistema nervioso central (4).

frontal ventromedial (CPFvm) (1). La reducción de la actividad en la CPFvm es conocida por estar asociada con la agresión, una pobre toma de decisiones, y puede llevar a un comportamiento desinhibido y antisocial.

2. *Deshumanización*. La reducción en esta actividad está acompañada por un aumento en la actividad de la amígdala (2), la parte que controla las emociones en el cerebro. Esto se conecta con sentimientos como la rabia y el miedo.
3. *Comportamiento antisocial*. Las emociones que se han experimentado pasan a través del tronco cerebral (3) y disparan otras sensaciones (4), como el aumento en la presión cardíaca, la presión sanguínea y sentimientos viscerales. Estos cambios son en esencia respuestas del organismo que se prepara para entrar en una pelea o para huir, anticipan el daño corporal y se alistan para sobrevivir.

Se discute si este camino se amplifica en quienes tienen una actividad menor de la CPFvm, pero es algo que se ha visto en repetidas ocasiones en estudios de delincuentes. Las investigaciones han demostrado que, en particular los asesinos y los psicópatas, tienen una disminución en la actividad de la CPFvm. Al igual que una tiroides menos activa da como resultado un metabolismo defectuoso e indica una predisposición al sobrepeso, los investigadores piensan, incluyendo a Reimann y Zimbardo, que una actividad reducida de la CPFvm puede indicar que los juicios morales son defectuosos y es más probable que con esta condición se cometan más crímenes y otros actos antisociales. Como lo resumen Reimann y Zimbardo: «Las investigaciones de ataques y agresiones sugieren que una actividad disminuida de las estructuras

del lóbulo frontal, en particular de la corteza prefrontal, o lesiones en esta área del cerebro, pueden ser causas fundamentales de un comportamiento agresivo».

Si pudiéramos husmear en el cerebro de Hitler es probable que nos pareciera normal en un principio, pero cuando le pidiéramos que tomara decisiones que tuvieran que ver con la moral es probable que viéramos una actividad reducida de su CPFvm, combinada con indicadores de su paranoia y ansiedades generalizadas. Sin embargo, y dado que no tenía anomalías mayores o daños cerebrales que conociéramos, es muy poco probable que pudiéramos marcar la diferencia entre el escáner de un cerebro sano promedio y el de Hitler. Al no conocerlos es también muy probable que no pudiéramos diferenciar los cerebros de cualquiera de nosotros del de Hitler.

En vez de pensar en cierta gente como particularmente mala y en otra como buena, pensemos lo siguiente y demosle la vuelta a la pregunta: más que preguntarnos si unos pocos individuos están predispuestos a ser sádicos, ¿será que todos tenemos una predisposición hacia el sadismo?

El sadismo cotidiano

Los psicólogos científicos Roy Baumeister y Keith Campbell concluyeron en 1999⁶ que: «El sadismo, definido como la adquisición directa de placer mediante el daño causado a otros, es, de todos los actos malignos, el que tiene un atractivo intrínseco más obvio». Afirmaban que la existencia del sadismo hacía obsoletas las otras teorías y explicaciones sobre el mal: «La gente lo hace porque se siente bien y eso es todo».

Erin Buckels y sus colegas⁷ están en parte inspirados por el trabajo de Baumeister y afirman que el sadismo es algo en realidad muy normal. En un artículo publicado en 2013 argumentaron que «las concepciones actuales sobre el sadismo raramente van más allá de los fetiches sexuales o de la conducta criminal... Y, sin embargo, el gozo que produce la crueldad lo experimenta a gente en apariencia común y corriente... Esas manifestaciones de crueldad cliché implican una forma de sadismo subclínica o, simplemente, *el sadismo cotidiano*».

Como parte de sus investigaciones, Buckels y su equipo llevaron a cabo dos experimentos muy ingeniosos. Así lo describen en su trabajo: «Sobra decir que no es posible estudiar el asesinato de humanos en el laboratorio. Por lo tanto, nos volcamos hacia un comportamiento similar y más adecuado para el estudio ético, es decir, matar insectos». Sobra decirlo, sin duda. Entonces en vez de pedirles a los participantes que asesinaran a personas les pidieron que mataran insectos. Por supuesto que todos sabemos que los insectos no son equivalentes a los humanos, es probable que todos hayamos matado insectos, pero esta tarea puede decirnos algo acerca de quién está dispuesto a matar y quién no.

¿Cómo funcionó el experimento? Los investigadores reclutaron participantes para un estudio sobre «Personalidad y tolerancia en trabajos exigentes». Una vez que llegaron al laboratorio, los participantes tuvieron que optar por realizar una de cuatro tareas que eran la mímica de trabajos reales. Podían elegir entre ser exterminadores (matar insectos), asistentes de exterminador (quien ayuda al fumigador a matar insectos), trabajadores sanitarios (limpiar baños), o trabajar en un ambiente frío (aguantar el dolor del agua helada). El

grupo en el que estuvieron más interesados los participantes fue el de exterminadores. A este grupo se le dio un molinillo de café para que molieran los insectos y tres tazas, cada una con un insecto vivo.

Lo que es particularmente creativo de este estudio es su diseño. De acuerdo con el equipo: «Para maximizar lo desagradable diseñamos una máquina asesina que producía un sonido de crujir muy distintivo. Para antropomorfizar a las víctimas les pusimos nombres tiernos». Los nombres estaban escritos en el costado de las tazas: *Muffin*, *Ike* y *Tootsie*.

¿Ustedes escogerían matar a esos insectos? ¿Oirían cómo crujen vivos mientras mueren solo porque alguien se lo pidió? En este estudio en particular solo un poco más de un cuarto de los participantes (26,8 %) decidió matar insectos. La siguiente pregunta era sobre si disfrutaban matándolos. De acuerdo con los resultados del estudio, mientras los participantes se clasificaban cada vez más alto en sus impulsos sádicos, todos disfrutaban cada vez más triturando a los insectos, y estaban dispuestos a matar a los tres antes que detenerse sin haber terminado la tarea. Se trataba de personas normales que sentían un gran placer a la hora de matar esos bichos vivos.

Un examen rápido. Mientras les describía la metodología, ¿se han preocupado en algún momento por el bienestar de los insectos? Quizá se estaban riendo entre dientes, pensando cuán divertido es matar insectos. *Mmmm*. Probablemente quedarían en la tabla de los resultados más altos de sadismo subclínico de los investigadores. Por fortuna para *Muffin*, *Ike* y *Tootsie*, y «desconocido para los participantes, una barrera evitaba que los insectos alcanzaran las cuchillas moledoras». Los investigadores nos aseguraron que ningún insecto fue lastimado en la práctica de este experimento.

El equipo también llevó a cabo un segundo experimento completamente diferente. Se trataba de hacerles daño a víctimas inocentes. Los participantes jugaban a un videojuego con un oponente al que creían que se encontraba en otra habitación. Tenían que presionar un botón con más rapidez que el oponente y el ganador era quien lograba hacer «volar en mil pedazos» a sus contrincantes con un ruido, cuyo nivel de estrépito era controlado por el vencedor. La mitad de los participantes voló en mil pedazos, mientras que los ganadores tenían que llevar a cabo una tarea corta pero tediosa antes de poder producir el ruido. La tarea tediosa consistía en contar el número de veces que una letra en particular aparecía en un texto sin sentido. Era fácil pero aburrido. Su oponente imaginario siempre escogía el nivel más bajo de explosión para que no hubiera necesidad de represalia.

¿Harían estallar a sus oponentes? ¿Cómo de alto pondrían el nivel? Y en definitiva: ¿Estarían dispuestos a esforzarse por tener la oportunidad de lastimarlos? Los resultados del estudio mostraron que mientras mucha gente estaba dispuesta a herir a una víctima inocente, solo aquellos que obtuvieron las puntuaciones más altas de sadismo aumentaron el nivel del sonido una vez que se dieron cuenta de que la otra persona no podía defenderse. Quienes obtuvieron las puntuaciones más altas de sadismo fueron también las personas dispuestas a hacer las tareas tediosas para luego poder herir a sus oponentes.

Al parecer mucha gente «normal» está dispuesta a ser sádica. Los resultados llevaron a los investigadores a discutir que necesitamos conocernos mejor si en verdad queremos comprender el sadismo. «Para que el fenómeno del sadismo sea comprendido por completo debe ser reconocida su naturaleza cotidiana y lo sorprendentemente común que es.»